

PERSONAJES

ACTORES

LA EMPERATRÍZ ISABEL.....	SRA.	ALONSO (R.)
LEONOR, duquesa de Gandía.....	»	NAYA.
UNA DAMA.....	»	BERNAL.
UN PAJE.....	SRTA.	BUENO.
FRANCISCO DE BORJA, duque de Gandía.....	Sr.	BERGES.
EL CONDE DE ÚBEDA.....	»	BUESO.
FRAY JUAN.....	»	SOLER.
EL MARQUÉS DE MONTILLA. .	»	GUERRA.
GARCÉS.....	»	SUÁREZ.
FERRÁN.....	»	ALVAREZ (C.)
CABALLERO 1.º.....	Z.	SUÁREZ.
ÍDEM 2.º.....	»	NAVARRO.
EL PRIOR.....	»	SOLA.
UN HUJIER.....	»	ASENSIO

Caballeros, Damas, Aldeanas, Aldeanos, Soldados, Pajes,  
Frailles, Heraldos, Alguaciles, Regidores, Cardenal, Obispos,  
Clérigos, Acólitos, etc.

La acción en Toledo los tres primeros actos y en Granada  
el Epilogo.—Año de 155...

NOTA. Esta obra ha sido puesta en escena por el Sr. Soler, á  
quien me complace en dar gracias por su acertada dirección.  
La orquesta fué dirigida por el maestro Bauza.

NOTA. *El derecho de reproducir los **Mate-  
riales de Orquesta**, de esta obra, en lo que se  
refiere al 1.º y 2.º acto, compuestos por el señor  
Llanos, pertenece á D. Florencio Fiscowich, á  
quien dirigirán sus pedidos las Empresas que  
deseen ponerla en escena.*

ACTO PRIMERO

El teatro representa un salón de gusto oriental en una finca  
de recreo que posee el Duque de Gandía á orillas del Tajo.  
Dos puertas en el lateral derecho, y una en el izquierdo.  
Puerta grande al foro. Esta puerta será de dos hojas, y es-  
tará cerrada al comienzo de la representación, dejando ver  
al abrirse una galería con balaustrada practicable, y en el  
centro de ella una gran mesa espléndidamente servida. El  
salón y la galería estarán profusamente iluminados. El  
mueblaje será lujoso y acomodado al gusto oriental. En se-  
gundo término, á la izquierda, una mesa, y sobre ella jarros  
y cálices dorados. La escena comienza en las primeras horas  
de la noche de un día de verano. Al levantarse el telón  
canta el Coro dentro, y Garcés y Ferrán reponen los jarros.

ESCENA PRIMERA

GARCÉS, FERRÁN y CORO, dentro.

MÚSICA

CORO. (Dentro.)

¡Viva la dicha!  
¡Viva el placer!  
¡A gozar; á reir;  
á beber; á beber!

HOMB.

Deja á mis manos

coger tu copa,  
y robar de sus cristales  
el aliento de tu boca.  
MUJ. Tomad el vaso;  
bebed, señor,  
y brindad por los deleites  
del placer y del amor.  
TODOS. ¡Viva la dicha!  
¡Viva el placer!  
¡A gozar; á reir;  
á beber; á beber!

### HABLADO

FERRAN. ¡Buen día!  
GARCES. Pues no le cede  
la noche que nos espera.  
Ya se sabe, cuando el Duque  
tales festines celebra,  
ocurre siempre lo mismo  
y más.  
FERRAN. ¿De veras?  
GARCES. De veras.  
Esto es el principio; á mi amo,  
tratándose de una fiesta,  
ni hay placer que le fatigue,  
ni bebedor que le venza.  
FERRAN. Pues los otros no se diga.  
Yo, de descorchar botellas  
tengo rendida la mano.  
Y en lo de beber, las hembras  
compiten con los galanes.  
Parecen cubas, cubiertas  
de blondas y terciopelos,  
y arrequives y preseas.  
GARCES. No lo extrañes, porque todas  
viven á estos lances hechas.  
Bailarinas, comicastras  
y damas de honor en reja,  
pueden gozar sin escrúpulo;

pueden beber sin reserva;  
pueden atreverse á todo,  
porque no es fácil que pierdan  
dos cosas que ya no tienen:  
el sentido y la vergüenza.  
FERRAN. ¡Y son guapas!...  
GARCES. ¡Andarían  
por aquí si fuesen feas!  
FERRAN. ¿De modo...?  
GARCES. Que el señor Duque  
los divierte; que se alegran  
sus convidados; que el vino  
se les sube á la cabeza,  
y que acabará en burdel;  
lo que ha comenzado en fiesta.  
¿Está el comedor dispuesto  
para la hora de la cena?  
(Señalando la puerta del fondo.)  
FERRAN. Sí.  
GARCES. Pues repón esos jarros  
y descorcha otras botellas,  
y calla, y sirve, y procura  
no quedarte en la bodega.  
FERRAN. ¡En la bodega! ¡Si fuese  
al lado de alguna de esas!...  
GARCES. No es fácil.  
FERRAN. ¿Por qué? Soy joven...  
GARCES. ¡Juventud!... Brava moneda  
para damas... de tablero  
y señoras... de comedia.  
Como no cuentes con otra,  
Ferrán, no cuentes con ellas.  
Anda, y no des al olvido  
tu obligación.  
FERRAN. Nada temas.  
(Sale Ferrán por la segunda puerta de la derecha.  
Entra el Conde de Ubeda por la puerta de la iz-  
quierda.)

ESCENA II

EL CONDE DE ÚBEDA y GARCÉS.

- ÚBEDA. (Bajo.) ¡Garcés!...  
(Garcés se vuelve al oír la voz del Conde.)
- GARCÉS. ¡Señor!
- ÚBEDA. ¿Estás solo?...  
(Garcés, luego de mirar para convencerse de que nadie puede escucharlos, se acerca al Conde.)
- GARCÉS. Podéis hablar sin reserva.
- ÚBEDA. ¿Viste á la duquesa anoche?
- GARCÉS. Sí.
- ÚBEDA. ¿Cumpliste tu promesa?
- GARCÉS. Como cumplo y he cumplido cuanto vuestro labio ordena. Vos me salvásteis la vida, que pataleaba presa en los cordeles de una horca; y es razón que yo obedezca sumiso vuestros mandatos, sean ellos los que sean.
- ÚBEDA. ¡De suerte...!
- GARCÉS. Ya lo habéis visto. Me ordenásteis que sirviera á los duques de Gandía, y cómo el pan de su mesa, y hago traición á quien tiene su confianza en mí puesta.
- ÚBEDA. ¡Garcés!... (Con impaciencia.)
- GARCÉS. (Con sinceridad ruda.) No es que yo me queje. Lo hecho está hecho, y no me pesa; que vuestros odios son míos, más las venganzas vuestras, y en mí tenéis para usarlos, cuando hacerlo os apetezca, un brazo que hierre firme, y una voluntad que llega donde vos queráis llevarla, sin decir quién la maneja.

- ÚBEDA. Ya lo sé, y por ello cuento contigo para esta empresa, en que llevo interesadas mi ambición, mi vida entera. Esta vida, que no es vida desde que mi amor desprecia esa mujer, en quien puse mis ilusiones más bellas; y esta ambición, que no avanza una línea sin que tenga que tropezar con ese hombre que la humilla y la supera. ¡Por triunfar de su desvío, por humillar su grandeza, porque padezcan los dos como yo padezco, diera, no mi caudal, no mi fama, no mis goces en la tierra, el cielo, con ser sus dichas inagotables y eternas!...
- GARCÉS. Doña Leonor...
- ÚBEDA. La amé tanto, como Borja la desdeña. Por él despreció mis ansias... (Con odio.) Pues bien, es preciso que ella sufra también, que devore el escándalo y la afrenta de ver al Duque entregado á viciosos y rameras. Por eso quise engañarla; para eso quiero que venga.
- GARCÉS. Y lo hará, no tengáis duda; que es celosa y es resuelta.
- ÚBEDA. ¿La diste la carta?
- GARCÉS. Anoche.
- ÚBEDA. ¿Y nada dijo?
- GARCÉS. Al leerla, se le enrojeció el semblante de dolor y de soberbia.
- ÚBEDA. ¿Y vendrá? (Con gran interés.)
- GARCÉS. Vendrá. El anónimo, avivando sus sospechas,

la ha embravecido. Por todo arrostrará. Orden expresa de esperarla en esta casa, y á la entrada de la puerta del jardín, me ha dado anoche.

UBEDA. ¿Hora?

GARCES. Las diez.

UBEDA. Así sea

cual dices.

(Aparte, y con marcado acento de rencor.)

¡Sí; ella primero; y cuando me venga de ella, el Duque!... Yo haré que salga del pecho donde la encierra, la pasión abrasadora que á la Emperatriz profesó. Yo haré que esa pasión llegue hasta don Carlos, envuelta en girones de calumnia... ¡Que el Emperador lo sepa, y es segura mi venganza, y su perdición es cierta!  
(A Garcés.) ¿Cuento contigo?

GARCES. Si es caso de herir, mandadme que hiera.

UBEDA. No, Garcés. De espada á espada, no es fácil que á nadie tema.

(Aparte.) Matarle, pero á su tiempo, cara á cara y por mi diestra. Antes, mataré su dicha.

(Garcés hace ademán de escuchar por la puerta de la izquierda, y se dirige hacia Ubeda.)

GARCES. ¡Señor!

UBEDA. ¿Qué?

GARCES. Gente se acerca.

(Ubeda mira hacia la puerta de la izquierda.)

UBEDA. ¡Montilla! Este imbécil, puede ser auxiliar de mi empresa.

(Hace una señal de despedida á Garcés; éste sale por la primera puerta de la derecha, á tiempo que entran por la izquierda Montilla y Coro General de Convidados. Procúrese que las mujeres vayan vesti-

das con el lujo provocativo propio de la clase á que pertenecen.)

### ESCENA III

EL CONDE DE ÚBEDA, EL MARQUÉS DE MONTILLA y CORO GENERAL DE CONVIDADOS

### MÚSICA

MONT. El vino y las hermosas mi sólo encanto son; por ellas sólo siento latir mi corazón. Al amor desafío, no temo la embriaguez, el vino no me rinde.

(Tambaleándose.)

CORO. (En son de burla.)

¡Ejém! ¡ejém!

MONT. ¿Podéis dudarlo?

CORO. ¡Ejém! ¡ejém!

MONT. Puedo probarlo.

CORO. ¡Ejém! ¡ejém!

¡Apenas puede

tenerse en pie!

¡Vaya si es fuerte!

¡Ejém! ¡ejém!

UBEDA. Yo sostengo que á Montilla nadie en el mundo le iguala, cuando empina una botella ó cuando canta una jácara.

La jácara nueva

nos vais á cantar.

CORO. ¡Que cante la jácara!

MONT. ¡Oid, escuchad! (Pausa.)

Iba Juana la Rabicortona cruzando la plaza del Zocodover...

CORO. ¡Del Zocodover!

MONT. Y un galán, atajándola el paso,

la dijo al oído: ¡Hermosa mujer!...  
Si tú me dejases seguir á tu lado,  
á donde tú fueses, iba yo también.

Y ella repuso:  
—Bien puede ser  
que se cansara  
vuestra merced.

—Yo no me canso,  
puedo probar.

—Pues pruebe.—Pues pruebo.  
Y echaron á andar.

CORO. Y ella repuso:  
—Bien puede ser  
que se cansara  
vuestra merced.

MONT. Caminaron por calles y plazas,  
hablando él, y ella dejándole hablar.

CORO. Dejándole hablar.

MONT. Y en una calleja estrecha y oscura,  
cuando iban la esquina los dos á doblar,  
salieron dos jaques, guiñóles la moza,  
y á palos molieron al pobre galán.

Echáronle al suelo,  
le hicieron callar;  
después, le quitaron  
cuanto hay que quitar;  
y la moza, con los jaques,  
por la calle arriba echó,  
y el galán, sin novia  
ni ropa quedó.

CORO. Ni ropa quedó.

MONT. Desde aquel suceso, cuando ve á una moza,  
dice que se cansa, que no puede andar;  
y al ver unas faldas, venir á su encuentro,  
parece que el diablo le viene á buscar,  
según la mirada  
y el gesto de agraz  
que pone, al mirarlas,  
el pobre galán.

CORO. Desde aquel suceso... etc.

MONT. Esta es la jácara nueva,  
¡quién pide más!

CORO. Esta es la jácara nueva,  
¡quién pide más!

### HABLADO

CAB. 1.º Pero el Duque, ¿dónde se halla?  
Es preciso dar con él:  
Vamos á buscarle.

CAB. 2.º Vamos.  
¿No venís, señor Marqués?

MONT. No, me quedo aquí.

CAB. 1.º Está visto:  
no puede tenerse en pie.

(Sale el Coro por la segunda puerta de la derecha,  
mientras la música repite los últimos compases de la  
jácara.)

### ESCENA IV

#### EL CONDE DE ÚBEDA y EL MARQUÉS DE MONTILLA

UBEDA. (Ap.) Mi objeto se halla logrado,  
pues con él á solas quedo.

MONT. ¡Envidiosos! (Ap.) ¡Uf!... No puedo  
andar; estoy mareado.

(Se deja caer en un sillón.)

(A Ubeda.) ¿Veis lo que osaron decir?

UBEDA. ¡Dejadlos! ¿Quién va á creer  
que, hombre de tanto valer  
como vos, se va á rendir?  
Será hastío, mal humor,  
todo, menos que ha cedido  
un galán tan aguerrido  
y tan fuerte.

MONT. (Con fingida modestia.) ¡Por favor!...

UBEDA. Digo la verdad, Marqués.

MONT. ¡Yo...! (Con vanidad mal encubierta.)

UBEDA. ¿Negaréis que en amores  
sois de los conquistadores  
más temibles?

- MONT. (Con vanidad.) Mala no es mi suerte, tenéis razón.
- UBEDA. Sólo igualarse podría la del Duque de Gandía con la vuestra.
- MONT. Los de él son triunfos á que pocos llegan.
- UBEDA. ¿Ni vos?
- MONT. A seguirle aspiro; y sus éxitos, que admiro, ni me enojan, ni me ciegan. Joven, altivo, opulento; dueño de inmensa fortuna; poderoso por su cuna; grande por su valimiento; con los nobles gran señor; con las hembras generoso; con los humildes piadoso; con los bravos reñidor; tal es, y necios afanes tiene quien vencerle ansía, que es el Duque de Gandía el galán de los galanes; y no hay en riña apurada ó en lance comprometido, corazón más atrevido, ni espada mejor templada.
- UBEDA. (Con despecho mal reprimido y procurando dominarse.) ¡Bravo!... Para el Duque fuera grato oír cual le elogiáis.
- MONT. ¿Vos en contrario opináis?
- UBEDA. ¿Yo? .. De ninguna manera. Soy de vuestro parecer.
- MONT. Y creo que todos son de nuestra misma opinión.
- UBEDA. Todos... menos su mujer.
- MONT. ¡Leonor!...
- UBEDA. Su desventura llora en forzoso aislamiento, y...
- MONT. (Interrumpiéndole.) A pesar de su tormento,

- ama al Duque con locura; y haber esto conseguido, siendo á su esposa traidor, es la más grande y mejor victoria para un marido.
- UBEDA. ¿Lo creéis así? (Con ironía.)
- MONT. ¡Demonio!
- No encuentro ventura igual, porque este es el ideal sublime del matrimonio. Si el diablo me asegurara que tal me iba á suceder, y aun burlada, mi mujer me querría, me casara.
- UBEDA. ¿No lo haréis?
- MONT. Por precaución. Si caso y cual vivo, vivo, y... ¡cuerno! Este sustantivo completa mi reflexión.
- UBEDA. Verdad; Gandía es dichoso; ¡muy dichoso! Y como tiene suerte, nada le detiene en su paso victorioso. Por tal razón no me admira que adore... (Se detiene como aparentando turbación.)
- MONT. (Con curiosidad.) ¡Seguid!
- UBEDA. (Aparte.) El cebo puse ya. (Alto.) No, no me atrevo. Además será mentira.
- MONT. ¿Historia de amor? (Con creciente interés.) (Ubeda hace un ademán afirmativo.)
- ¡Mi encanto!
- ¿El lance es serio?
- UBEDA. ¡Temible!
- Mas ni es cierto, ni posible que Borja se atreva á tanto.
- MONT. Pero...
- UBEDA. Yo me negué á oír á quien el hecho contó.
- MONT. ¿Y no puedo saber yo?...
- UBEDA. A nadie lo he de decir.

- MONT. ¿Ni á mí, que soy vuestro amigo?  
UBEDA. Tampoco.  
MONT. ¿No?  
UBEDA. Contestando  
á lo que vais preguntando,  
todo lo que puedo os digo.  
(Cuiden los actores de marcar bien la situación en que les coloca el diálogo. Curiosidad y afán de saber por parte de Montilla; misterio fingido, y deseo de excitar la curiosidad de Montilla, aparentando lo contrario, por la de Ubeda. Luego de oír las últimas palabras de Ubeda, Montilla se detiene como reflexionando.)  
MONT. ¿A que acierto? (Con tono de suficiencia.)  
(Después de una pausa.) ¡Una conquista deliciosa! ¿No es verdad?  
(Ademán afirmativo de Ubeda.)  
¿La dama es de calidad?  
UBEDA. ¡Oh! (Aparentando confusión.)  
MONT. Permitidme que insista.  
¿Hermosa?  
UBEDA. Como una perla.  
MONT. ¿Casada?  
(Ademán afirmativo de Ubeda.)  
¿Pobre marido!  
UBEDA. ¡Pobre, del que ose atrevido á su mujer!  
MONT. ¿El quererla es expuesto?  
UBEDA. Es peligroso, porque hace igualar la fama la hermosura de la dama, con el poder del esposo.  
MONT. ¿Su estirpe á la nuestra igual?  
UBEDA. O mejor, señor Marqués.  
MONT. Mejor que la nuestra, es una sola... la real.  
(Ubeda aparenta gran turbación, y hace ademán de interrumpir á Montilla.)  
¿Sigo?  
UBEDA. ¡Lengua despiadada!  
MONT. Y en esa estirpe, á mi ver,

- sólo existe una mujer que pueda ser adorada.  
UBEDA. ¡Callad! (En tono de súplica.)  
MONT. ¡Esa turbación...!  
¿Será...?  
UBEDA. ¡Callad, desgraciado!  
MONT. Es inútil. He acertado.  
¡Tengo una penetración!... (Breve pausa.)  
UBEDA. Demos á este punto fin; ni el sitio ni la ocasión para hablar de él, propios son; volvámonos al jardín del festín á disfrutar.  
MONT. ¡El festín! ¡Nombre divino!  
¡El baile!... ¡el amor!...  
UBEDA. (Aparte.) Y el vino que bebas, que te hará hablar.  
(Montilla y Ubeda se dirigen á la segunda puerta de la derecha. Ubeda deja pasar primero á Montilla.)  
(Ap.) Para hacer lo que yo quiera, este hombre no tiene precio. Sobre los labios de un necio, la calumnia anda ligera.  
(Salen por la segunda puerta de la derecha Ubeda y Montilla.)

## ESCENA V

EL DUQUE DE GANDÍA, sale por la primera de la izquierda.

## MÚSICA

En vano busca mi anhelo  
lenitivo á mi pesar;  
en vano en torpes deleites  
quiero su imagen ahogar.  
Cuanto más quiero olvidarla,  
cuanto más trato de huir,  
más invencible se ostenta,  
más cerca se halla de mí.

¡Aciago y triste el día  
 en que ante mí surgió,  
 hermosa como el cielo,  
 bañado por el sol!  
 Un crimen es amarla;  
 mas, ¿qué puedo hacer yo,  
 si mi alma entera vive,  
 del sueño de su amor?  
 Ella es toda mi vida;  
 ella es todo mi sér,  
 mi afán, mi Dios, mi gloria,  
 mi porvenir, mi fe.

(El Duque se sienta en un taburete, que está de-  
 lante de la mesa de la izquierda, apoya los codos en  
 ésta y oculta el rostro entre las manos. Aparecen por  
 la segunda puerta de la derecha Montilla, Ubeda y  
 Convidados.)

### ESCENA VI

EL DUQUE DE GANDÍA, EL MARQUÉS DE  
 MONTILLA, EL CONDE DE ÜBEDA y CONVIDADOS

MONT. (Desde la puerta.)

Aquí está. ¡Silencio!  
 Miradle.

CORO. (Ídem.) ¿Qué hará  
 solo, entre las manos  
 oculta la faz?

UBEDA. (Aparte.)  
 Si ella acude, todo  
 mi plan se cumplió.

MONT. (Al Coro.)  
 ¡Hay que sorprenderle;  
 despacio, chitón!

CORO. ¡Hay que sorprenderle;  
 despacio, chitón!

(Montilla, Ubeda y los Convidados se acercan al  
 Duque, andando de puntillas. Montilla pone la mano  
 en el hombro al Duque.)

MONT. ¡Duque!

DUQUE. (Levanta la cabeza.) ¿Quién? (Sorprendido.)

MONT. Nosotros.  
 DUQUE. ¡Vosotros! (Sin darse cuenta de lo que dice.)

MONT. Sí tal.

CORO. No nos reconoce.

¡Já, já, já, já!

UBEDA. ¿Acaso indiscreta  
 nuestra broma fué?

DUQUE. (Aparte.)  
 ¡Qué angustia! (Alto.) Indiscreta,  
 señores, ¿por qué?

UBEDA. ¿Estáis triste, señor Duque?  
 ¿Os aflige algún dolor?

MONT. Son desdenes de una ingrata;  
 son tristezas del amor.

DUQUE. ¿El amor? De sus traiciones  
 me burlo yo.

(Se levanta, coge una copa y la llena de vino.)

UBEDA. (Al Coro.)  
 Quiere engañarnos;  
 vano es su afán.

DUQUE. ¡Llenad las copas,  
 quiero brindar!

CORO. ¡Llenad las copas,  
 hay que brindar!

(Todos llenan las copas y las levantan en alto.)

DUQUE. Un necio es quien presume  
 que existen más placeres  
 que el juego y las pendencias,  
 el vino y las mujeres.

Pasemos, pues, la vida,  
 en ciega confusión,  
 con la cabeza loca  
 y el alma sin amor.

Brindemos porque el día  
 nos venga á sorprender,  
 en medio de la orgía  
 y en brazos del placer.

UBEDA. No hay vino sin aroma,  
 ni amor sin esperanza;  
 que amor desatendido,  
 espera en la venganza.  
 Brindemos, y que el día

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO RIVERA"  
 Apto. 1022 MONTERREY, MEXICO



CORO. nos venga á sorprender,  
en medio de la orgía  
y en brazos del placer.  
Brindemos, y que el día  
nos venga á sorprender,  
en medio de la orgía  
y en brazos del placer.

(El Duque se dirige á la puerta del fondo y la abre de par en par.)

DUQUE. Entremos, y que el día  
nos venga á sorprender,  
en medio de la orgía  
y en brazos del placer.

CORO. Entremos, etc.

(Entran por el fondo el Duque, Montilla y Convidados. La puerta se cierra tras ellos. Ubeda queda en escena.)

### ESCENA VII

EL CONDE DE UBEDA; á poco GARCES

#### HABLADO

UBEDA. ¡Cuánto lograr me interesa  
su desdicha y su dolor!  
¡Como ella acuda...!

(Entra Garcés por la primera puerta de la derecha.)

GARCES. (Dirigiéndose á Ubeda.) ¡Señor!

UBEDA. ¡Tú!... ¿Qué ocurre?

GARCES. La Duquesa.

UBEDA. ¡Llegó al fin!

GARCES. Y entrar intenta.

UBEDA. Que entre y que nadie se oponga  
á cuanto ordene y disponga;  
lo demás, es de mi cuenta.

(Sale Garcés por la primera puerta de la derecha.)

### ESCENA VIII

EL CONDE DE UBEDA; al final LA DUQUESA DE GANDIA y GARCES

UBEDA. ¡Por fin logro mi deseo!...  
¡Tantos años esperando!...  
Aún creo que estoy soñando  
cuando en mi poder los veo.  
Y es que siempre han de temblar  
en el punto de vencer,  
amor que va á poseer,  
y odio que se va á vengar.  
¡Fuera mi necio temor,  
que fundamento no tiene!...

(Ubeda se dirige hacia la primera puerta de la derecha, y mira por ella.)

La dama con Garcés viene...

Ya no hay duda, es Leonor.

¡Al fin la tengo á mis pies!

¿Qué me detiene? ¿qué espero?...

¡A una humillación primero,  
y á mi venganza después!...

(Sale Ubeda por la puerta de la izquierda, y entran por la primera de la derecha Garcés y Leonor. Esta con el rostro cubierto por un antifaz.)

### ESCENA IX

LEONOR y GARCES

LEONOR. Basta de necias excusas,  
que ni oír ni atender quiero.

GARCES. ¡Señora!...

LEONOR. No me interesa  
que el portador de aquel pliego  
fuese un extraño, ó tú mismo;  
ni averiguar el objeto  
que á quien lo escribió guiaba  
necesito, ni pretendo.  
¿No era fingido el aviso?

Lo que contaba, ¿era cierto?  
Sólo eso saber quería,  
y aquí estoy para saberlo.  
Allá tú con tus traiciones,  
si eres traidor á tus dueños;  
si eres ruin, con tus ruindades,  
y si fiel, con tu respeto.  
Ahora, responde.

GARCÉS. ¡Señora!...

LEONOR. ¿Dónde está mi esposo?

GARCÉS. (Señalando la puerta del fondo.) Ahí dentro.  
(Procúrese que de tiempo en tiempo se escuchen detrás de la puerta rumores y voces de orgía.)

LEONOR. ¡No me han mentido! (Con amargura y cólera.)

GARCÉS. ¡Yo...!

LEONOR. ¡Calla!

Mejor que puedes hacerlo  
con tus frases, me responden  
la algazara y el estruendo  
que salen de allí, mezclándose  
á los impuros acentos  
de mujeres que caricias,  
fe y honor ponen á precio. (Con desdén.)  
(Con angustia.)

¡Y esto en su casa, que es mía!

(Con cólera.)

¿Y aún vacilo? ¿y aún me arredro?

¡No! (Con decisión.)

(A Garcés.) Garcés, sin que tu labio,  
ni tu ademán, ni tu gesto  
puedan prevenir al Duque  
de que soy yo quien le espero,  
ve á decirle que una dama  
que trae el rostro cubierto,  
quiere hablarle.

GARCÉS. (Dirigiéndose á la izquierda.)

Voy, señora.

LEONOR. Ten cuenta con el secreto,  
y no olvides que pudiera  
costarte caro romperlo.

GARCÉS. No temáis. Pero si el Duque...

LEONOR. ¡Ve á buscarle! (Con imperio.)

GARCÉS. Os obedezco.

(Sale por la izquierda.)

## ESCENA X

LEONOR

¿Pero es posible que ese hombre  
ultraje á quien le entregó  
su porvenir, y le dió  
su vida al tomar su nombre!...  
¡Posible! Es cierto... Sería  
una insensatez dudar.  
Me basta con escuchar  
los rumores de esa orgía  
que de este salón la calma  
turban con locos sonidos,  
y se entran por mis oídos  
para desgarrarme el alma. (Pausa.)  
¡Y es él quien así me vende,  
quien me deja escarnecida;  
quien sin reparo me olvida,  
y sin compasión me ofende!...  
¡El, de quien hice al amarle  
y mi vida concederle,  
un dueño para quererle,  
y un Dios para respetarle!  
¡El, quien sin amor me mira;  
por quien sin ventura clamo;  
quien me desprecia!... ¿Y aún le amo?...  
¡No le amo! ¡Es falso! ¡Es mentira!...  
No soy la mujer celosa  
que amor viene á mendigar.  
¡Yo vengo aquí, á reclamar  
por mis derechos de esposa!... (Pausa breve.)  
Y entonces, ¿á qué este afán  
vergonzoso; estos recelos?...  
No es el honor; son los celos  
los que obligándome están.  
No alientan mi decisión  
los mandatos del decoro...

¡Vengo aquí, porque le adoro  
con todo mi corazón!... (Breve pausa.)  
No importa. Afrentarle ansío.  
¡Lo haré?... ¡Quién sabe!... ¡Es tan ciega  
la pasión!...

(Como si pusiera atención, y dirigiéndose á la izquierda.)

Alguno llega.

(Mira por la segunda puerta de la izquierda.)

¡El! ¡Dadme fuerzas, Dios mío!

(Leonor se cubre el rostro con el antifaz, y se retira á un extremo de la sala; el Duque de Gandía entra por la puerta de la izquierda.)

### ESCENA XI

LEONOR y EL DUQUE DE GANDÍA; al final EL  
MARQUES DE MONTILLA y CORO dentro.

### MÚSICA

DUQUE. (Aparte.)

Noble y gentil aspecto.

¿Quién ella podrá ser?

LEONOR. (Aparte.)

Gozar quiero en su asombro  
cuando me llegue á ver.

(El Duque se acerca á Leonor con curiosidad y galantería.)

DUQUE.

Vinisteis á buscarme,  
y aquí señora estoy.  
Decid vuestro deseo;  
mandad, que vuestro soy.  
¿Puedo saber la causa  
que os trae á este lugar?...  
¿Calláis? ¿Teméis decirla?

(Ademán negativo de Leonor.)

¿Por qué entonces no hablar?  
Dejadme hermosa dama  
vuestro semblante ver;

que el antifaz no robe  
á mi alma ese placer.  
Vea yo vuestro róstro;  
oiga yo vuestra voz.

(Trata de coger la mano de Leonor. Esta se retira.)

No os retiréis esquivo  
de quien se rinde á vos.

LEONOR. (Ap.) ¡Infame!

DUQUE. Sed piadosa;

dad término á mi afán:  
mi voluntad entera,  
á vuestros pies está.

LEONOR. (Ap.) Delante de mis ojos  
es á su fe traidor:

yo vengaré mi agravio;  
su ultraje, y mi dolor.

DUQUE. Y si venís buscando  
venturas y placer,  
decidlo, y de esta casa  
cual dueña disponed.

(Cogiendo entre sus manos la de Leonor, que no la retira.)

Venid, venid conmigo;  
dad al misterio fin:  
venid, y seréis gloria,  
y reina del festín.

LEONOR. ¡Oh, basta! (Se arranca el antifaz.)

Vamos, Duque.

DUQUE. ¡Qué miro!... ¡Leonor!...

LEONOR. La orgía nos espera.

Vamos; guiad, señor.

DUQUE. ¿Qué hacéis en este sitio?

¿Qué pretendéis en él?

LEONOR. Vengarme de una infamia;  
dar castigo á un infiel.

Mi amor fué vuestro;  
vuestra mi vida;  
sólo en quereros  
puse mi afán,  
y ahora contemplo  
que mi esperanza  
y mi ventura,

rotas están.  
Pero si pierdo  
por vuestra causa,  
mi luz, mi dicha,  
mi amor, mi fe,  
no he de perderlos,  
sin que á la audacia  
de vuestro crimen,  
castigo de.

DUQUE. ¡Vos! Reportáos;  
mirad, Duquesa,  
que no es tal hecho  
digno de vos.

LEONOR. Esta es mi casa,  
y arrojar quiero  
de ella, al que en ella  
manche mi honor.

(Hace ademán de dirigirse al fondo; el Duque se interpone.)

DUQUE. No.

LEONOR. (Avanzando.) ¡Dejadme!

DUQUE. (Corriendo la llave de la puerta.)  
¡Imposible!

LEONOR. No me impedáis pasar.  
Vos no tenéis derecho  
aquí para mandar.

Quien desprecia; quien ultraja;  
á quien nunca le ofendió;  
quien olvida sus deberes,  
es esclavo, y no es señor.  
Quien su fama pisotea,  
al perder su dignidad,  
¿qué derecho tener puede,  
para hacerse respetar?

DUQUE. Quien se casa con un hombre,  
que jamás la tuvo amor;  
y lo sabe, y á él se enlaza,  
cúltese de su dolor.

Quien altiva y orgullosa  
mi amor no supo lograr,  
ni á mi amor tiene derecho,  
ni lo puede reclamar.

LEONOR. Cededme el paso.

DUQUE. Nunca lo haré.

LEONOR. ¡Pronto! Dejadme.

DUQUE. No pasaréis.

LEONOR. Dejadme; quiero  
de aquí arrojar  
á quien ofende  
mi dignidad.

Ha de cumplirse  
mi voluntad,  
Cededme el paso.

DUQUE. ¡Atrás! ¡Atrás!  
¡Nunca! Detente;  
quiero evitar  
que aquí se ultraje  
tu dignidad.  
Detén el paso.  
¡Atrás! ¡Atrás!

(El Duque sujeta por el brazo á Leonor. Esta trata de desasirse de él.)

DUQUE. ¡No pasaréis!

(Se escuchan en el fondo voces y ruido de gente que golpea la puerta.)

¿Qué escucho?

CORO. (Dentro.)

¡Abridnos, Borja! ¡abrid!

LEONOR. ¡Vienen! (Con alegría y cólera.)

DUQUE. ¡Señora, el rostro,  
por caridad, cubrid!

CORO. (Dentro.) ¡Abridnos!... (Golpeando la puerta.)

DUQUE. (A Leonor.) Es preciso  
que salgáis.

LEONOR. (Con decisión.) ¡No lo haré!

(Se abre con violencia la puerta del fondo, y aparecen en ella Ubeda, Montilla y Coro General de Convidados, en actitud de gente ebria, y algunos con copas en la mano. Al verlos, Leonor retrocede á un extremo de la habitación, y vuelve la cabeza como avergonzada. El Duque se coloca al lado de Leonor.)

MONT. ¡Por fin cedió!

DUQUE. Ya es tarde.

LEONOR. ¡Qué vergüenza!

DUQUE. ¿Lo veis?

Cubríos, y que nadie  
os pueda conocer.

(La Duquesa se cubre el rostro con el antifaz; los Convidados, con Montilla y Ubeda á la cabeza, se dirigen al grupo que forman Leonor y el Duque.)

## ESCENA XII

LEONOR, EL DUQUE DE GANDIA, EL CONDE  
DE UBEDA, EL MARQUES DE MONTILLA y EL  
CORO GENERAL DE CONVIDADOS

MONT. (Al Coro.)

Con una incógnita  
dama encubierta,  
Gandía está.  
En dulce plática  
de amor sin duda,  
pruebas se dan.

(Al Duque.)

No sed tiránico  
con esa hermosa;  
que venga allí.  
Y con su mágica  
belleza, preste  
brillo al festín.

CORO. Con una incógnita  
dama encubierta, etc.

UBEDA. Son míos.

LEONOR. ¡Qué ignominia!

DUQUE. ¿Qué hacer?

LEONOR. (Aparte.) ¡Valor!

MONT. Venid conmigo, hermosa.

UBEDA. Que sufra como yo.

CORO. ¿Por qué se oculta el rostro?

¿por qué callada está?

¡Que se descubra! ¡Que hable!

(A Montilla.)

Quitadle el antifaz.

(Montilla se dirige hacia Leonor; el Duque se coloca delante de ella como defendiéndola.)

DUQUE. Tema mi cólera  
quien trate audaz,  
acercándose á esta dama,  
de arrancarle el antifaz.

UBEDA. (A Montilla.)

Raro es que el Duque  
se muestre así.

¿Será ella acaso...?

MONT. ¡La Emperatriz!

(Con ademán de asombro, y como si diera crédito al dicho de Ubeda.)

LEONOR. (Al Duque.)

Sacadme de esta casa,  
que me avergüenzo ya,  
de estar donde esta gente  
con vos, Gandía, está.

CORO. ¿Por qué se oculta el rostro?

¿por qué callada está?

¡Que se descubra! ¡que hable!

¡Quitadle el antifaz!

(Montilla detiene al Coro con un ademán, y se dirige hacia Leonor, delante de la cual se inclina respetuosamente.)

MONT. (A Leonor.)

Podéis estar tranquila,  
recelo, no abriguéis;  
tratándoos *qual reina*,  
cumplimos un deber.

LEONOR. ¿Qué dice? ¿qué habla este hombre?

(Montilla se acerca al Duque, y dice como si le hablara al oído.)

MONT. Ventura inmensa,

dicha completa,

feliz galán

es el que inspira

una profunda

pasión real.

(El Duque, al oír las palabras de Montilla, retrocede como sorprendido.)

DUQUE. ¿Qué has dicho, miserable?

(El Duque avanza furioso hacia Montilla. Este retrocede y se oculta entre un grupo de Caballeros. Ube-

da y otro grupo de Caballeros tratan de contener al Duque. Leonor se adelanta y se arranca el antifaz.)

LEONOR. ¡Atrás, Gandía, atrás!...

(A todos.)

Soy la esposa del Duque,  
la dueña de este hogar.

CORO. ¡Su esposa! ¡Vaya un lance!  
¡Escena singular!

¡Qué asombro! ¡Qué sorpresa!  
¡Quién lo iba á imaginar?

DUQUE. (A Montilla.) El nombre que tu labio  
infame profanó,  
debe ser respetado  
como el nombre de Dios.  
Quien osa á lo que osaste,  
piedad no ha de obtener.  
Vas á morir, villano;  
profanador cruel.

(Tratando de desasirse de los que le sujetan.)

MONT. No cede en su locura,  
no aplaca su furor  
sus ojos centellean  
de rabia y de rencor.  
Si sale de las manos  
donde sujeto está,  
me mata como á un perro;  
me mata sin piedad.

LEONOR. A otra mujer adora  
y ultraja á su ofensor,  
mientras sin duelo, mira  
mi afrenta y mi dolor.  
Ha muerto mi esperanza;  
mi amor ha dado fin;  
la dicha y la ventura,  
no existen para mí.

UBEDA. En tanto que devora  
su afrenta y su dolor,  
él vende, y él publica  
su criminal amor.  
Comienza mi venganza;  
mi afán se cumple al fin;  
mi objeto está logrado;

vengarme conseguí.

CORO. ¡Su esposa! Vaya un lance... etc.

(Leonor ocupa el centro de la escena, y se encara con todos.)

LEONOR. Salid de aquí, villanos;  
salid de esta mansión.  
Lo ordeno yo y lo mando.  
La dueña aquí, soy yo.

CORO. Salir es lo prudente;  
salir es lo mejor;  
ni cede ella en su empeño,  
ni él cede en su furor.

(El Coro comienza á retirarse hacia el fondo, excepción hecha de los Caballeros que sujetan á Montilla y al Duque. Montilla estará acobardado, y sin saber qué hacer.)

DUQUE. Quien osa á lo que osaste... etc.

MONT. Si sale de las manos... etc.

UBEDA. Comienza mi venganza... etc.

LEONOR. Salid de aquí, villanos... etc.

CORO. ¡Su esposa!... Vaya un lance... etc.

(La situación de los actores, será la siguiente: El Coro, en el fondo en actitud de salir. El Duque, tratando de sustraerse á los que le sujetan, y amenazando á Montilla. Este, cubriéndose con los Caballeros que le rodean, y queriendo ocultarse detras de un sillón. Leonor, en el centro de la escena, señalando á todos la puerta del fondo. Ubeda, estará entre los que detienen al Duque.)

FIN DEL ACTO PRIMERO